nos veriamos obligados á prestar fe á su relacion, porque todo su siglo la ha aprobado, y es imposible que todo un siglo se engañe en esta materia; y cuando (por imposible) todo su siglo los hubiera desaprobado, deberiamos todavia creerlos, porque es imposible que hombres de un carácter tan eminente quieran engañar.

ARTICULO III.

Pruebas de la autenticidad de la verdad, y de la divinidad de los libros del evangelio, sacadas del carácter de los escritos de los Evangelistas.

Si se examinan los libros del evangelio segun las reglas de una crítica sábia y exacta, es preciso confesar que no hay historia mas verdadera que la que contienen. Si se hace juicio de estos libros por el carácter personal de los que los han escrito, tambien es indispensable hacer la misma confesion.

Esto es, mi querido Teotimo, lo que acabo de demostrarte, y te veo tan convencido de este importante punto, que podria dejarlo aquí; pero no lo haré sin embargo, porque no quiero quitarte nada de lo que puede contribuir á tu mejor instruccion.

Digo, pues, mi querido Teotimo, que todo hombre que lea con atencion los libros del evangelio, y que por otra parte tenga bastante penetracion y profundidad de entendimiento para descubrir los caractéres propios de estos libros admirables, y para compararlos con todos los libros que el entendimiento humano ha producido, y conocer toda la diferencia que hay entre estos y aquellos, sentenciará sin vacilar, no solo que los libros evangélicos son verídicos, sino tambien que son divinos, y que no han podido escribirse sino por autores inspirados de Dios. Sigue, pues, las observaciones que voy á hacer sobre estos libros, y te convencerás de que no digo todavia de ellos lo bastante.

1.° Todo hombre que escribe una

historia, quiere ser creido de sus lectores. Este sentimiento está en la naturaleza; pero el que escribe una historia llena de sucesos maravillosos, que en nada se parecen á lo que los hombres habian visto hasta entonces, teme mucho no ser creido, porque conoce que si no lo creen lo despreciarán, y lo tratarán, no solo de hombre poco instruido, sino de hombre de entendimiento débil, nímiamente crédulo y visionario. Este segundo sentimiento no está menos que el primero en la naturaleza. El ser tratados de ridículos es lo que en todos tiempos han temido mas los hombres, y en todos tiempos tambien los autores han sido entre todos los hombres los que mas han temido el pasar por ridículos. ¿Qué hace, pues, un autor en el caso que hablamos, para evitar este inconveniente? Prepara hábilmente á sus lectores para recibir lo que va á referir en el género maravilloso; da pruebas, ó las promete; cita sus garantes, ó promete citarlos oportunamente, &c. Los Evangelistas no to-

man ninguna de estas precauciones que descubren siempre á un escritor que desconfia de sí mismo, ó de su asunto, ó de sus lectores. La confianza que ellos tienen en la verdad, y en aquél en cuyo nombre la dicen al mundo, es tal; que ni siquiera les pasa por la idea el recurrir al arte para hacerla recibir, y aunque ponen á la cabeza de su historia la relacion del milagro mas asombroso, y al mismo tiempo mas secreto, que se haya jamas obrado: la Concepcion de Jesucristo por obra del Espíritu Santo en el seno de una Madre siempre Virgen; ni aun advierten á sus lectores, que los milagros que Jesucristo ha hecho en público, y que todo el mundo ha visto, son tan grandes, que deben dar crédito á aquellos de los cuales él mismo ha sido el objeto, aunque nadie los haya visto.

2º Los Evangelistas (lo que voy á decir aquí, Teotimo, tú lo comprenderás, y lo conocerás mejor que hoy, luego que te halles en una edad mas formada, y hayas tenido algun

comercio con los autores antiguos y modernos; pero desde ahora mismo puedes hacer juicio de ello hasta un cierto punto). Los Evangelistas, dije, han escrito sin amor propio: no se ve en ellos vestigio alguno de esta debilidad. Ellos han sido perfectamente exentos, tanto del amor propio de autores, como del amor propio comun á todos los hombres. Todos los libros que conocemos, escepto los del Antiguo testamento, son otros tantos monumentos del amor propio de los que los han escrito. Los libros del evangelio son la obra-maestra de la virtud contraria.

Todo hombre que compone un libro, se propone siempre principalmente dos cosas; 1.º: El obtener su propia aprobacion. 2.º: El grangearse la de sus lectores. Quiere desde luego hacer un buen libro, pero quiere mas bien hallarlo tal, y sobre todo, desea que sus lectores lo encuentren tal. Quiere poder darse á sí mismo el testimonio lisonjero de que ha hecho una obra perfecta; y quiere que su si-

glo, y los siglos futuros, le rindan el mismo testimonio. Esta es la grande recompensa que espera de sus investigaciones y de sus meditaciones. Por una ilacion de este sentimiento, que algunos escritores célebres han sabido reducir á ciertos límites, pero del cual, jamas escritor alguno ha podido despojarse enteramente; un esrictor pone en movimiento todos los recursos de su ingenio para lograr la idea que se ha formado de hacer una obra perfecta. Dispone sus materias con el mejor órden: hace los mayores esfuerzos para reunir la sencillez con la nobleza del estilo: la brevedad y la precision con la claridad; y la gracia, la elegancia y la armonia, con la fuerza y la vehemencia. Quiere hacerse creer, cita autoridades, raciocina y hace reflexiones. Quiere hacerse amar, y porque quiere hacerse amar, describe y pinta. Quiere mover, y porque quiere mover, hace entrar en todo aquello que su asunto lo permite, ciertos sentimientos dispuestos con la mayor habilidad. Sabe que el grande arte de

un escritor, es el ocultar el arte mismo. Acabo, Teotimo, de trazarte en pocas palabras el carácter de todos los escritores que han parecido en el mundo despues que se componen libros; digo, de los grandes escritores en todo género de aquellos que nos proponen por modelos, y que tienen el voto general de todos los siglos.

Los autores de los libros del evangelio estan perfectamente exentos de todas estas debilidades, de las cuales ningun otro escritor supo jamas libertarse. No puede imaginarse relacion mas sencilla, y mas desnuda, que la de los Evangelistas. En su historia, todo es hecho; jamas dicen ellos mismos nada. Allí no se halla una palabra que se haya puesto para llamar la atencion, y sorprender el entendimiento: ninguna, para lisonjear el oido; y ninguna, para mover las pasiones. Jamas prueban, jamas sacan consecuencias, jamas hacen reflexiones, jamas adelantan conjeturas, ni jamas dicen ni hacen ver lo que piensan de los sucesos que refieren, ni de las personas que

entran en la escena. Jamas admiran, jamas aprueban, jamas tachan, jamas se permiten una bufonada, y jamas se les ve juzgar las personas, ni sus intenciones, ni sus acciones. Ellos no hacen retratos, y jamas dudan. Dicen, se cree, se conjetura, parece, &c. son espresiones que en ninguna parte de sus libros se encuentran. Jamas se les ve admirados, ni indignados, ni acres, ni movidos de compasion, ni afectados de alguno de los sentimientos que dejan ver la parte que toma un historiador en los sucesos que refiere; y sin embargo, jamas historia alguna ha prestado tanto al sentimiento. En vano se buscaria en todos sus libros una palabra escogida, una vuelta de espresion buscada, un rasgo vivo y animado, una de aquellas sentencias que como de un solo golpe conmueven á la vez todas las potencias del alma, la imaginacion, la razon y el corazon; y jamas historia alguna ha presentado al entendimiento humano una materia mas susceptible de todos estos adornos. No puede decirse que

el arte es admirable en los libros del evangelio; ni que está en ellos muy oculto. Es menester decir que no hay arte en ellos, y que sin embargo son infinitamente superiores á todas las obras maestras del arte. Los libros del evangelio son cuatro. Hay tanta diferencia entre estos cuatro libros, que es evidente haber sido compuestos por cuatro autores diferentes, que no estaban de concierto entre sí. Hay tanta semejanza entre estos cuatros libros, que es evidente que fueron dictados por el mismo espíritu: el espíritu que ha dictado estos cuatro libros, no era ciertamente el espíritu de ninguno de los cuatro autores; era, sí, el espíritu de Dios.

Si este amor propio de autor, del cual hemos hablado, y que hemos procurado caracterizar, no ha armado jamas lazo alguno á los Evangelistas: ¿qué hombres eran estos Evangelistas? Y si el amor propio de autor ha armado iguales lazos á los Evangelistas, que á los demas escritores: ¿qué hombres eran estos Evangelis-

tas, que jamas cayeron en ellos?

8.º Los Evangelistas no estan exentos solamente de amor propio de autores, sino que lo estan tambien de aquel amor propio que es comun á todos los hombres: nueva maravilla tan digna de admiracion como la primera.

Los Evangelistas, á lo menos dos de entre ellos, S, Mateo y S. Juan, eran del número de los doce Apóstoles que Jesucristo habia elegido para ser los cimientos de su Iglesia, y habian sido compañeros suyos inseparables desde el principio de su predicacion hasta su muerte. Por consecuencia debian, segun todas las reglas de la sabiduria humana, ó no decir nada de ellos mismos, ó hablar de un modo que justificase la eleccion que Jesucristo habia hecho de ellos. Fuera del respeto debido al juicio del Hombre-Dios, ¿no era envilecer el ministerio de los Apóstoles, y quitarle una parte de sus triunfos, el manifestarlos tan pequeños, y tan despreciables como ellos lo han hecho? Los Evangelistas no han pres-

tado el oido á ningun consejo de la prudencia de la carne.

Es la cosa mas asombrosa del mundo, para los que saben pensar; el tono con el cual los Evangelistas, que he citado, hablan de sí mismos, y de sus compañeros: con trabajo se hablaria con un ayre tan indiferente de personas que nada nos tocasen, y á las que nada tocásemos. Ellos hablan de la obscuridad de su nacimiento, de sus defectos, de sus debilidades, de sus faltas, las mas vergonzosas, como de cosas simplemente ligadas á los sucesos de Jesucristo, y como circunstancias de estos sucesos. El amor propio quiere que nos disculpemos cuando se puede, y que seamos los primeros á acusarnos cuando no podemos disculparnos. Por una conducta tan hábil, ó salvamos de nuestra gloria cuanto puede salvarse, ó nos indemnizamos de la gloria que hemos perdido, por la que adquirimos. Los Evangelistas, hombres únicos en este punto, cuentan sus debilidades, sus defectos, y sus faltas mas groseras, sin disculparse, y sin

acusarse. Concluyamos de esto, ó que los Evangelistas no tenian amor propio (lo que es bien raro), ó que jamas cedian al amor propio, lo que aun lo es mas.

Cuando leo en el evangelio que la mayor parte de los Apóstoles eran pescadores, profesion vil y humilde; que el uno de ellos era publicano, profesion aborrecida entre los judios: que todos ellos tenian un entendimiento tan corto y tan pesado, que no comprendian los discursos mas claros de su Maestro: que algunas veces veian sin admiracion sus mas grandes milagros, y con una sangre fria que parecia tocar ya en estupidez: que habiendo Jesucristo mantenido en el Desierto cinco mil hombres con cinco panes y dos peces, que los Apóstoles distribuyeron de su órden á esta gran multitud de gente; estos mismos Apóstoles, entre cuyas manos se habian multiplicado tan prodigiosamente estos panes, no hicieron reflexion ninguna, sobre este milagro: y no sacaron de él consecuencia alguna; de tal modo;

que en una ocasion semejante, no se hallaron menos embarazados é inquietos, acerca de los medios que podrian encontrarse para alimentar el pueblo que habia seguido á Jesucristo en el Desierto: que poco tiempo despues de los dos milagros de la multiplicacion de los panes, habiéndoles advertido Jesucristo que desconfiasen de la levadura de los escribas y de los fariseos, tomaron tan groseramente este aviso, que iban á figurarse que Jesucristo les hacia reconvenciones indirectas sobre haber olvidado tomar y llevar pan con ellos. Cuando leo en el evangelio la relacion de los celos que los Apóstoles tenian los unos de los otros, y las contestaciones que entre ellos se movian algunas veces sobre las clases, y sobre la precedencia: cuando leo, en fin, que uno de ellos vendió á Jesucristo; que otro, que era el primero en su confianza, lo negó tres veces públicamente; que todos lo abandonaron, y huyeron en el momento que lo prendieron en el Huerto de las olivas: cuando leo todas estas cosas en el evangelio, me siento conmovido de una admiracion tal, que cuasi me preguntó á mí mismo, si los Apóstoles al escribir estas cosas sabian que hablaban de sí mismos. ¿Se vió jamas cosa igual á esta? Y ¿cómo podrá esplicarse este misterio, sino diciendo que los Evangelistas escribieron sus libros por el movimiento, y bajo la direccion de aquel espíritu que ahoga el amor propio en el corazon de aquellos cuyas plumas emplea el publicar sus maravillas?

4.º Ve aquí, Teotimo, el último carácter de los escritos de los Evangelistas, y al mismo tiempo el mas admirable, porque él es el mas inimitable al entendimiento humano. Quiero decir, la imparcialidad que reyna desde un estremo al otro en estos escritos, y que jamas se desmienten.

Todo hombre que escribe una historia, toma necesariamente parte en pro ó en contra del héroe de la historia, y de todos los personages que entran en ella. Empieza por formarse una cierta idea de ellos sobre lo

que ha visto, leido, ú oido decir de ellos, y en seguida los pinta siempre conformes á esta idea. Siempre los manifiesta segun los ha juzgado; ya buenos, ya malos, odiosos ó amables, y dignos de estimacion ó de desprecio. Si no dice siempre abiertamente lo que piensa, lo hace percibir con tanta habilidad, que el entendimiento del lector queda sorprendido mas vivamente. En dos palabras, todo historiador lleva necesariamente una cierta opinion tocante á los personages que entran en su historia, y sobre todo, de aquel que representa en ella el principal papel. Todo historiador quiere que el juicio que ha formado de los personages que entran en su historia, sea adoptado de sus lectores: y así, ningun historiador, ni es, ni puede ser absolutamente imparcial. Que un hombre escriba la historia de un héroe que ha visto, ó la de un héroe que ha existido dos mil años antes de él, siempre procederá del mismo modo. Tú encontrarás en tí mismo, Teotimo, la prueba de lo que aquí digo: no hay ningu-

no de tus condiscípulos de quien no te hayas formado una cierta idea, y tú hablas siempre de él, segun la idea que formaste de su persona. Si tú escribes su vida, seguirás esta idea y no podrás dejar de seguirla.

Todo el mundo sabe, que los Evangelistas eran hombres santamente apasionados de Jesucristo, si me atrevo á servirme de esta espresion. Lo amaban como á su Maestro, á su Salvador y á su Dios: estas tres palabras lo dicen todo. Es cierto que ellos han escrito sus libros para gloria suya; pero al mismo tiempo es cierto, que esta es la menor prueba que le han dado de su amor y de su celo: ellos han recorrido todo el universo; se han espuesto á mil peligros: han sufrido las persecuciones, los tormentos y la muerte, por hacerle conocer y adorar.

Ponte en el lugar de los Evangelistas; supon que has visto á Jesucristo, como ellos lo habian visto; que lo conoces como ellos lo conocen; que lo amas, como ellos lo amaban, y que quieres escribir la historia de este

Hombre Dios, y escribirla para hacer pasar á tus lectores tus mismos sentimientos. ¿No conoces en tí mismo que esta historia estará llena de espresiones apasionadas; que en toda ella se dejará ver un escritor transportado de admiracion, de amor y de celo por Jesucristo, de indignacion y de desprecio por sus enemigos; y que por mas que te esfuerces para reprimir estos sentimientos, se manifestarán sin que lo percibas en tu pluma? Desafio á todo hombre abandonado á sí mismo, al mas grande ingenio, y al mas simple, á que no escribe de otro modo, no solo una historia semejante, sino la misma historia despues de los Evangelistas.

Vé aqui, Teotimo, cual seria la historia que esperarias de los Evangelistas; pero de ningun modo es esta la que ha andado. Nada hay ciertamente tan estraordinario, y ni aun los mas grandes milagros me asombrarian tanto, como aquel ayre de tranquilidad, sangre fria, indiferencia é imparcialidad, con el cual estos hom-

bres, partidarios de Jesucristo, hasta emprenderlo todo y sufrirlo todo por su gloria, hablan de él, de sus enemigos de sus jueces, de sus discípulos, de sus amigos, y de ellos mismos.

Un hombre que desde el fondo del Africa escribiese á Francia á un amigo, noticias en las cuales no tuviesen interes alguno ni el uno ni el otro, tendria trabajo en manifestar en sus cartas una imparcialidad tan absoluta, aun cuando no contase sino bagatelas; y si referia grandes sucesos, le seria enteramente imposible. Jamas se les sorprende con emocion en el alma; jamas se les ve afectados por las cosas que cuentan; dicen simplemente lo que saben, y allí se quedan. Ellos hablan de Judas, de los Príncipes de los Sacerdotes, y de Herodes, como de Jesucristo; esto es, con el mismo tono; hablan de los milagros de Jesucristo, del mismo modo que de sus sufrimientos; de su gloria, como de sus humillaciones; de su resurreccion, como de su muerte; lo dicen todo, y nada hacen notar: no hacen

reflexiones, y por mas que se les observe, ni aun las insinúan; (y sin embargo, ¿qué cosa hay mas natural, y al parecer, mas inevitable, que hacerlas, ó á lo menos insinuarlas sobre semejantes materias?) no hacen reflexiones; no las insinúan, ni sobre la profundidad de la doctrina de Jesucristo, ni sobre la precision y hermosura de sus parábolas, ni sobre la sabiduria y el buen juicio de sus respuestas, ni sobre la grandeza de sus milagros, ni sobre su prodigiosa paciencia enmedio de los oprobios mas crueles, ni sobre el modo maravilloso con que murió. Tampoco las hacen, ni sobre la traycion de Judas, ni sobre las negaciones de S. Pedro, ni sobre los furores da los Príncipes de los Sacerdotes, ni sobre la ceguedad del Pueblo Judayco, ni sobre la indigna debilidad de Pilatos. En una palabra, ellos no dicen nada en sus historias; jamas se manifiestan en ellas; y así, los hechos solo son los que en ellas hablan.

Hay en la vida de Jesucristo ciertos rasgos que, juzgándolos por las ideas que el entendimiento humano, que es un espíritu de orgullo, se forma de las cosas, son poco dignas de la Magestad del Hombre Dios. Por egemplo, su huída á Egipto, sus combates contra el Espíritu Tentador, y su abatimiento en el Huerto de las olivas. Los Evangelistas refieren estos hechos, como los otros, simple y desnudamente, y sin tomar la menor precaucion para impedir las impresiones poco ventajosas que pudieran hacer en el espíritu de sus lectores. Se diria que estos hombres no han visto en los sucesos de la vida de Jesucristo sino los mismos sucesos, y que jamas han sabido, ni apreciar estos sucesos, ni penetrar sus principios, ni preveer sus consecuencias; y que, en una palabra, su espíritu no ha ido mas lejos que sus ojos y sus oidos; si puedo valerme de esta espresion.

Vé aqui cual es la historia que los Evangelistas nos han dado de Jesucristo. Tales son los caractéres de su narracion, que todos pueden reducirse

al de la imparcialidad mas absoluta que puede concebirse.

Acuérdate ahora, Teotimo, que dos de estos Evangelistas eran Apóstoles de Jesucristo, y que los otros dos eran discípulos, el uno de S. Pedro, y el otro de S. Pablo: que todos amaban á Jesucristo como su Maestro, como su Salvador, y como su Dios; esto es, con el amor mas ardiente; y que el celo de su gloria, del cual estaban animados, les ha hecho emprender con peligro de su vida, el someterle el universo.

Ahora te pregunto, Teotimo, si tú concibes como unos hombres tan apasionados de Jesucristo (es menester que me pases esta espresion), como lo eran los Evangelistas, han podido hablar de él con este ayre de indiferencia que reyna en toda su historia, ó como unos hombres que han hablado de Jesucristo con este ayre de indiferencia que reyna en toda su historia, han podido ser tan apasionados suyos, como sabemos lo fueron. Sin embargo, estas dos cosas son igual-

mente ciertas. ¿Cómo, pues, los Evangelistas han podido conciliarlas á un mismó tiempo? ¿Como habrian podido hacer lo que al entendimiento humano es evidentemente imposible, visto que ningun hombre antes que ellos lo ha hecho, ni lo ha hecho despues, si no hubieran tenido el espíritu de Dios?

Alguno se atreverá á decir sobre esto, que en el fondo es menester escribir la historia como los Evangelistas la han escrito, porque la verdad se basta ella á sí misma; que la obscurecen en queriendo adornarla, y que la hacen sospechosa en queriendo probarla demasiado, &c.

Pero, 1º, Teotimo, digo á los que hacen esta objeccion: luego convenís en que los Evangelistas estaban seguros de la verdad de las cosas que han escrito; y supuesto que convenís en ello, estamos de acuerdo, porque no exijo mas.

2º Les pregunto, si los historiadores que han precedido á los Evangelistas, y los que le han seguido, ¿sa-

bian que la verdad se basta ella á sí misma, ó no lo sabian? Si lo sabian, ¿cómo no han escrito con el mismo estilo que los Evangelistas? Y si no lo sabian, ¿cómo lo han sabido los Evangelistas? ¿De dónde les ha venido esta confianza en la verdad, sino de aquel que es la verdad misma? quiero decir de Dios? luego es Dios quien los ha inspirado: luego sus libros son divinos.

Pero dirán, ¿cómo podemos saber si los libros de los Evangelistas han llegado hasta nosotros en su primitiva pureza, y tan íntegros como salieron de las manos de sus autores? ¿Cómo han podido pasar estos libros por tantos siglos, y bajo la pluma de tantos copiantes, sin sufrir alteracion alguna?

Acuérdate sobre esto, mi querido Teotimo, de lo que te dije en nuestras primeras conversaciones, tocante la integridad de los libros del Antiguo testamento, y haz su aplicacion á los libros del evangelio. Todo lo que se ha dicho de aquellos, conviene con

mas razon á estos; Dios, á lo menos, estaba tan empeñado por la gloria de su sabiduria y de su bondad á preservar estos de toda alteracion esencial como aquellos.

Considera, ademas, que los libros del evangelio estuvieron en las manos de todos los cristianos, en el momento que salieron de las de sus autores: que los cristianos han tenido siempre á estos libros la veneracion mas religiosa: que siempre los han mirado como libros santos y sagrados, como libros que contenian sus dogmas, sus leyes, su revelacion, y los títulos auténticos y primordiales de su religion: que desde el origen del cristianismo han sido leidos públicamente estos libros en las asambleas eclesiásticas de los cristianos: que desde el origen del cristianismo han sido siempre estos libros, por escelencia, los libros de los cristianos, los libros de los sacerdotes y de los legos, de los grandes y del pueblo.

Ahora, libros que tienen este carácter, estan al abrigo de toda altera-

cion esencial ¿Por qué? Porque el público los sabe de memoria á fuerza de haberles leido ú oido leer; porque el público, que los mira como su mas precioso tesoro, guarda á vista, si puedo esplicarme asi, todos los testos que los componen. Es imposible que un hombre emprenda el quitar algo de estos libros, hacerles alguna adiccion, ó mudarles alguna cosa de consecuencia, sin que el público, ó, si se quiere, la sociedad, á la cual pertenecen, no haga reclamaciones al instante contra esta empresa: luego es evidente, que las alteraciones que han podido sufrir estos, no son sino aquellas que pueden escaparse á la vigilancia pública de la sociedad, á la cual pertenecen, y por una ilacion necesaria, alteraciones absolutamente sin consecuencia.

Toda la serie de la historia eclesiástica, pueba lo que aqui siento. Siempre que los hereges han querido añadir alguna palabra al testo del evangelio, suprimirla, mudarla, ó leer de otro mdo que la Iglesia lo lee, algun testo,

toda la Iglesia se ha elevado contra ellos y esto, en todo el universo.

CATECISMO

DE LA PRIMERA CONFERENCIA.

Sobre la autenticidad, la verdad, y la divinidad de los libros evangélicos.

P. Despues de todo lo que me habeis dicho, quedo convencido de que Jesucristo es el Mesias prometido de Dios desde el origen del mundo, anunciado por los profetas, esperado y figurado por el pueblo Judayco. En consecuencia de esta primera conviccion, creo firmemente, que la religion de Jesucristo es una religion revelada y divina, que todos los hombres deben abrazarla, y hacerse cristianos Pero ¿no teneis todavia otras pruebas de la divinidad de la religion cristiana? Creo me las prometisteis.